

IDILIO III.

Con tu dulce zampoña en adelante?  
 A tu sonora caña  
 ¿Quién llevará sus labios? ¿Quién tamaña  
 Osadía tendrá, cuando el aliento  
 De tu sabrosa perfumada boca  
 Respira aún el músico instrumento;  
 Cuando Eco todavía  
 Dentro la caña, lastimera evoca  
 De tu apagada voz la melodía?  
 Tu incomparable flauta  
 A Pan mi mano vacilante lleva;  
 Mas, por temor quizá de no igualarte<sup>15</sup>  
 En el difícil arte,  
 A tocarla tal vez ni Pan se atreva  
 Y de sus labios trémulo la aparte.

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

La hermosa Galatea<sup>16</sup>  
 Inconsolable gime;  
 ¡Ay! ¡Cuál en otro tiempo  
 La deleitaba tu cantar sublime!  
 En la orilla del mar, hora tras hora,  
 Junto á tí reclinada muellemente,  
 La ninfa seductora  
 De tus labios estábase pendiente.  
 Tu cantar incesante  
 No era al de Polifemo semejante.  
 Los rústicos amores

IDILIO III.

Del Cíclope procaz dábanle enojos;  
 A tí ¡oh Bion! calmando sus furoros  
 Miraba desde el mar con tiernos ojos.  
 El piélagos ha olvidado;  
 En la desierta arena ahora se sienta,  
 Y el huérfano ganado  
 Que tuyo fué, tristísima apacienta.

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Dulce poeta! De las Musas bellas  
 Contigo han muerto los divinos dones.  
 De candidas doncellas  
 Huyeron los hechizos virginales;  
 Ya no arderán los tiernos corazones  
 De jóvenes gallardos; á raudales  
 Amargo lloro los Amores vierten  
 En derredor de tu funérea losa,  
 Y la Ciprina Diosa  
 En esta hora fatal muy más te ama,  
 Y más pregona su dolor profundo,  
 Que sobre el mismo Adónis moribundo.  
 ¡Oh río entre los ríos clamoroso!  
 Nuevo dolor te oprime, nueva pena  
 De tus desdichas la medida llena,  
 ¡Oh Meles<sup>17</sup> caudaloso!  
 Muerte cruel te arrebató primero  
 A tu divino Homero,  
 Vate fascinador, labio elocuente

IDILIO III.

De la diva Calfope; y la fama,  
 Que lloraste con lúgubre corriente  
 A tu hijo gloriosísimo proclama,  
 Y al entrar en el piélago inclemente,  
 Con la solemne voz de tus pesares,  
 La inmensidad llenaste de los mares.  
 Mas hoy otro hijo lloras  
 Y nuevo luto á contristarte viene:  
 Entrambos fueron gratos á las almas  
 Fuentes inspiradoras;  
 Aquel bebió las aguas de Hipocrene;  
 Este apagó su sed en Aretusa:  
 Aquel, la hermosa Helena y los Atridas,  
 Sublime celebró, y el grande Aquiles;  
 Este ignoró las guerras fraticidas,  
 Solo entonó canciones pastoriles,  
 Y al fragor de las armas siempre extraño  
 Cantando apacentaba su rebaño;  
 Y ya sus caras vacas ordeñaba,  
 Ya flautas y zampoñas fabricaba;  
 Del campo celebraba los placeres,  
 Y los tiernos amores  
 Cantaba de los cándidos pastores,  
 Siempre á Cupido grato y á Citéres.

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
 Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

No hay ínclita ciudad que no te llore;  
 No hay ¡oh Bion! un pueblo ni una villa

IDILIO III.

Que tu temprana muerte no deplora.  
 Que á Hesíodo muy más, Ascra te siente,  
 Y la Beocia gente  
 Por tí más que por Píndaro suspira.  
 Méenos lloró la pérdida de Alceo  
 La amurallada Lesbos; y la lira  
 De su afamado vate  
 Méenos que tu zampoña extraña Ceo.<sup>18</sup>  
 De Arquíloco en la muerte no se abate  
 Tanto cual hoy, la montañosa Paros,  
 Y á su Safo querida,  
 Por lamentarte, Mitilene olvida.

Cuantos pastores, á las Musas caros,<sup>19</sup>  
 Saben cantar, su dulce poesía  
 Consagran á tu lúgubre memoria.  
 Sicélides, de Samos honra y gloria,  
 Entona tierno flébil elegía.  
 De la Cidonia en medio á los poetas,  
 Sus sólitos concertos  
 Trueca el alegre Lícida en lamentos,  
 Y del viejo Filetas  
 Lloro por tí la dolorida Musa  
 Al márgen del Halentes cristalino.  
 También en Siracusa  
 Te lamenta Teócrito divino;  
 Y yo, cuitado, en tanto,  
 Te ofrezco un funeral, Ausonio<sup>20</sup> canto;  
 Yo, no del todo extraño á la armonía  
 De los metros bucólicos, que diestro,

IDILIO III.

¡Oh llorado maestro!  
A tus alumnos enseñaste un día.  
De la Dórica Musa y de sus dones  
Gloriosos herederos nos hiciste;  
Tus ricas posesiones  
A otros legaste en codiciada herencia;  
A mí de tus cantares la cadencia.

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Triste de mí! Cuando en el seco huerto<sup>21</sup>  
El apio verdeclaro se marchita;  
Cuando las malvas lánguidas perecen  
Y el encrespado hinojo cae muerto,  
Renacen al otro año y reflorece.  
Mas ¡ay! cuando una vez nos precipita  
En la tumba la muerte inexorable,  
A nosotros, los grandes, vigorosos,  
Sabios varones, sueño imperturbable  
Largo, infinito, eterno,  
De la tierra en los senos tenebrosos  
Fuerza nos es dormir: y miéntras yace  
Tu cadáver ¡Bion! en honda fosa,  
Mudo y sin notas, á las Parcas place  
Que cante sin cesar la rana<sup>22</sup> odiosa . . . .  
¡Canta, rudo animal! Sin miedo canta  
De que te turbe la palabra mía.  
¿A quién zelos darás? ¿A quién no hastía  
El graznido sin fin de tu garganta?

IDILIO III.

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Llega el veneno á tu canora boca,  
Y en el cáliz ¡Bion! bebes la muerte.  
¿Cómo tu labio toca  
Y en dulcísima miel no se convierte?  
¿Quién de tus bellos cantos  
Insensible á los mágicos encantos,  
Quién de tu grata pastoril zampoña  
Sordo á la voz divina,  
Mortífera ponzoña  
Con alevosa mano te propina?

Unidas prorumpid, en flébil coro,  
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

A todos ¡oh dolor! sin esperanza  
La merecida pena nos alcanza.  
Yo, desdichado, en el comun quebranto  
Al duelo universal úno mi llanto  
Y tu muerte deploro. ¡Oh! si pudiera  
Cual Orfeo<sup>23</sup> y Ulises elocuente,  
Y que ambos ántes, Hércules valiente,  
Al infierno bajar, yo descendiera  
Con alma fuerte y con veloces plantas  
Al reino de Pluton, á ver si cantas  
En el Orco tambien, y qué canciones.

A la real Doncella<sup>24</sup>  
Que triste impera en la region umbría  
Canta una siciliana melodía

IDILIO III.

Y un himno pastoril; que tambien ella  
La zampoña tañer alegre supo,  
Y el Dórico cantar la deleitaba  
Cuando la suerte plácida le cupo  
De vivir libre en el Trinacrio suelo,  
Del rojo Mongibelo<sup>25</sup>  
Mirando siempre la encendida lava.  
No sin la recompensa merecida  
Tu canto quedará. Si el Tracio Orfeo,  
Desde la negra márgen de Leteo,  
A Eurídice volver pudo á la vida,  
Con la dulce influencia  
De su mágica lira armoniosa,  
Hécate poderosa  
Del canto cederá á la omnipotencia,  
Y olvidando otra vez su injusta saña,  
Te volverá de nuevo á tu montaña,  
¡Lamentado Bion! Y si yo mismo  
Templar supiera el músico instrumento,  
¡Cómo entonara en el oscuro abismo,  
Ante Pluton, armónico conento,  
Hasta traerte, á fuerza de canciones,  
De nuestra dulce vida á las regiones!



IDILIO IV.

LAMENTOS

DE

MEGARA, ESPOSA DE HERCULES.

I.

“¿Qué aflige tu alma así, madre<sup>1</sup> adorada?  
¿Porqué la rosa huyó de tu mejilla?  
¿Porqué gimes al verme, horrorizada,  
Y eterno llanto en tu pupila brilla?  
¿Acaso la tristeza te anonada  
Porque á tu ínclita prole osado humilla  
Con tormentos sin fin esclavo ingrato,  
Como á leon raquíptico cervato?”

II.

“¡Pobre de mí! ¿Porqué los Inmortales  
Me deshonran así? ¿Porqué me han dado  
La vida bajo estrellas tan fatales  
Mis padres? A un varon immaculado

IDILIO IV.

Desque me unieron lazos conyugales,  
Cual mis ojos lo adoro y he adorado;  
Pero como él ningun viviente apura  
El cáliz del dolor y la amargura.

III.

“Con el arco, de Apolo soberano  
Regalo, y con las flechas, que homicida  
Parca ó Furia<sup>2</sup> quizá puso en su mano,  
A sus tres hijos arrancó la vida.  
¡Padre infelice! Respirando insano  
Sangre y matanza, de dolor transida  
Con mis ojos lo ví (¿quién lo soñara?)  
Asesinar á nuestra prole cara.

IV.

“*Madre*, con voz gritábanme doliente,  
Y no me era posible á mis hijuelos  
En riesgo socorrer tan inminente.  
Cual tórtola que mira á sus polluelos  
Devorados por hórrida serpiente  
Que se arrastra furiosa por los suelos,  
En derredor volando gime y llora  
Quejándose con voz desgarradora;

V.

“Pero á librarlos del dragon aleve  
No alcanza el lloro de la madre pía,  
Que á aproximarse al mónstruo no se atreve:  
La casa así en mi duelo recorría

IDILIO IV.

Con insano ademan y planta leve,  
Llorando en balde á la progenie mía.  
¡Oh de mi sexo tutelar Diana!<sup>3</sup>  
¿Porqué no me mató flecha inhumana?

VI.

“Juntos en una pira, y entre el lloro  
De solemnes exequias<sup>4</sup> y el lamento,  
Mis padres amantísimos que adoro  
Nos colocaran con piadoso intento;  
Los huesos recogiendo en urna de oro  
Alzaran en la patria un monumento:  
Mas ahora viven en la ecuestre Tébas,  
Tristes arando las Aonias<sup>5</sup> glebas.

VII.

“Y yo gimo y padezco aquí en Tirinto,<sup>6</sup>  
Hostil Ciudad de Juno: mis pesares  
No conocen alivio, ni es distinto  
Un día de otro día; de mis lares  
Poco miro á mi esposo en el recinto;  
Errante por las tierras y los mares  
Sus trabajos consuma: alma de acero<sup>7</sup>  
O de mármol encierra el pecho fiero.

VIII.

“Y tú, Madre, como agua te liquidas<sup>8</sup>  
Virtiéndote de continuo amargo llanto,  
Cuántas noches nos manda denegridas,  
Cuántos días nos da Júpiter santo;

IDILIO IV.

Y no hay de mis parientas tan queridas  
Otra que me socorra en mi quebranto:  
Dejaron de mi hogar los muros viejos  
Y del Istmo pinoso<sup>9</sup> moran léjos.

IX.

“No tengo, á la verdad, á quien la vista  
Volver, y que en el trance que me apura  
Mi honda desgracia á soportar me asista,  
Salvo Pirra<sup>10</sup> mi hermana; y de amargura  
La llena su marido y la contrista,  
Ificles, hijo tuyo sin ventura.  
Tus hijos son los más infortunados,  
De mortal ó de Númen<sup>11</sup> engendrados.”

X.

Así Mégara habló: y en su albo seno  
Las lágrimas caían á torrentes  
De su pupila, al recordar de lleno  
A sus hijos, y padres, y parientes.  
Tambien á Alcmena, el propio y el ajeno  
Duelo, sus ojos convertia en fuentes;  
Y sollozando habló de esta manera  
Sábias palabras á su amada nuera:

XI.

“¡Hija adorada, por tu mal fecunda!  
¿Porqué en comunicarme así te afanas  
La tristeza fatal que tu alma inunda,  
Las penas recordando, ya lejanas,

IDILIO IV.

Que no es la vez primera ni segunda  
Que lloramos con lágrimas tempranas?  
¿No basta, por ventura, á cada día  
Su dosis de dolor y de agonía?<sup>12</sup>

XII.

“Consuélate: á nosotras el Destino  
No reserva de veras igual muerte.  
A compasion, querida, yo me inclino  
Tan abatida y tan cuitada al verte:  
Si al que nació bajo dichoso síno  
En tedio al fin su gozo se convierte,  
Teniendo que partir los sinsabores  
De mi familia, es justo que tú llores.

XIII.

“Por Proserpina, y por la casta Céres<sup>13</sup>  
De espeso velo y larga vestidura  
Yo juro (y Diosas son á las mujeres  
Terribles, cuando alguna en vano jura)  
Que tanto te amo, y á mis ojos eres  
Tan dulce cual si fueras criatura  
De mi seno salida, y la postrera  
Doncella que en mi hogar permaneciera.”

XIV.

“Tú lo conoces, mi alma: y no pregones  
Que consuelo te niego y que no te amo.  
El dolor de una madre que perdones  
Es fuerza, aunque más lágrimas derramo